¿Que no supieran lo que supo Molcke?

¿Que defendieran el país sin cometer un error? ¿Que no tuvieran un descuido ó una imperi-

cia, cuando los han tenido los Napoleón y los Aníbal?

¿Que no defendieran Puebla cuando todavía dominaban muchas preocupaciones sobre las plazas sitiadas?

¿Que fueran los grandes Generales de las batallas campales cuando tenían masas poco disciplinadas y escasas, soldados también improvisados pero glosiosos, que combatían sin pan y sin vestuario, quizá para ser poco comprendidos y olvidados?

¿Que no hicieran lo que no podían hacer, porque ni lo sabían ni les era posible?

¿Que no vacilaran alguna vez cuando en àquella situación se necesitaban los conocimientos de un sabio y el patriotismo de un héroe para no desesperar y caer?

¿Que no supieran los acontecimientos posteriores para prever mejor que nadie á lo que estaban obligados y lo que les era más conveniente?

¿Que no tuvieran mejor táctica que los franceses, los que aún teniéndola así, cometieran torpezas como la del 5 de Mayo cometida por Laurencez?

¿Que aquellos soldados poco disciplinados y sin comer hicieran prodigios de estrategia como los veteranos de la guardia napoleónica?

¿Que descollaran más que los franceses en la guerra de Intervención, no precisamente por su valor y su patriotismo, sino por sus conocimientos militares, sus talentos estratégicos, su omniciencia en los planes?

Si todo esto pretende reprochar el Sr. Bulnes, y tal parece, á los defensores de Puebla, resulta por demás curioso su argumento.

Todavía lo es más haciendo recaer sobre Juárez la responsabilidad de todos aquellos desastres. ¿Responsabilidad por qué? ¿Por no haber sido buen militar? ¿Por aquel mando bicéfalo que dice malamente el Sr Bulnes, pues no está probado históricamente que lo hubiera, si González Ortega y Comonfort obraban bajo la dirección de Juárez?

El mismo Sr. Bulnes reconoce esto último cuando dice: "Todo lo que estoy diciendo debía haberlo sabido González Ortega, Jefe de la plaza de Puebla y el gobierno de Juárez que tenía la dirección de la campaña."

Por fin: ¿era bicéfalo ó nó el mando?

Así vamos de contradicción en contradicción, sin entendernos, y sin saber á veces qué afirma y cree de lo asentado el Sr. Bulnes.

Ya dice que "convinieron ambos jefes en la unidad de mando y arreglaron pedir al gobierno que si los franceses atacaban primero á Puebla, el General González Ortega tendría el mando supremo, y que si la primera plaza atacada era México, correspondería dicho mando al General Comonfort;" y después asienta que Juárez decidió que ambos ejércitos obrarían "con independencia uno del otro, no quedando entre ellos otra

liga que las combinaciones acordadas y aprobadas mútuamente por los respectivos Generales en jefe de ambos cuerpos de ejército," lo que viene á ser muy diferente del exclusivo mando bicéfalo que quiere ver Bulnes; tanto más cuanto que el gobierno de Juárez se reservó dicho mando.

Ya hemos visto la opinión que tiene Bulnes del General González Ortega por el descuido, torpeza, ineptitud ó como quiera llarmarle al fracaso del Borrego. Bueno; pues á renglón seguido (página 189 de "El Verdadero Juárez") dice con todas sus letras: "El General González Ortega poseía cualidades para ser buen General; ERA VALIENTE, ENÉRGICO Y SABÍA MOSTRAR VOLUN-TAD INFLEXIBLE.... Y aun cuando después dice que "su ignorancia era asombrosa," también conviene en que á no ser por ella "hubiera salvado en Puebla la situación comprometida por los desaciertos del General Forey." En estas contradicciones cae hablando de González. Ortega, quien aunque valiente, enérgico, etc., hubiera sido procesado hasta entre los bárbaros (página 161).

Veamos otras confusiones de este jaez.

Leemos en la página 163: "las guerrillas del Estado de Veracruz se portaron admirablemente, ejecutando un bello trabajo estratégico entre Orizaba y Veracruz; acosaban al enemigo por hambre. Niox refiere los buenos resultados (Niox, página 223) del ataque de las guerrillas veracruzanas." Y copia de ese autor todo lo relativo, donde se ve que "costaba gran trabajo

conseguir carne," porque los mexicanos "habían arrojado hacia las montañas" el ganado, y los guerrilleros "colgaban á los que venían del Anahuac con víveres para Orizaba;" que "la ración de pan no era más que de 600 gramos por cabeza..." y que "era necesario pedir provisiones á Veracruz..." etc., etc.

A la vuelta dice: "al trabajo de las guerras faltó apoyo de combate, dirección y refuerzos para destruir." En qué quedamos: ¿Ya no era bello trabajo estratégico el realizado entre Orizaba y Veracruz?

Dice más abajo: "Bastaba haber volado los nueve motores hidráulicos para dejar enteramente quietos á los molinos. Las haciendas de toda la región estratégica debieron ser registradas y todos sus granos conducidos á Puebla y sus ganados puestos fuera del alcance del enemigo." No habíamos quedado en que "las guerrillas acosaban al enemigo por hambre?"

Continúa Bulnes: "De las poblaciones del Estado de Puebla comprendidas en la misma zona, debieron ser extraídos todos los depósitos de víveres y los ganados de todas clases. Las sementeras de maíz debieron ser arrasadas. Para todo esto tuvieron tiempo 20,000 combatientes, más 12,000 ó 15,000 peones à quienes se les hubiera pagado con semillas y ganado."

¡Qué fácil es hacer la guerra y obtener el triunfo desde el bufete! En lugar de 15,000 peones hubiera calculado Bulnes 50,000 ú 80,000, lo mismo dá, que en el caso vale más ser pródigo. Arrasar las sementeras, destruir todo, talar los campos, ectar leva de peones á granel, como quien forja sueños en el cerebro... muy fácil y muy conveniente, muy indicado y muy político sobre todo.

¡Cómo se olvida el Sr. Bulnes de la situación del país, de las dificultades para todo, de las desconfianzas, de los odios, de las exigencias, de la pobreza, de las deslealtades, de la precaria suerte del hombre del campo, de la prudencia del gobernante, del perjuicio del jornalero, del ataque al único patrimonio, de lo irrealizable ó contraproducente de ciertas medidas! De todo.

A él lo que le importa es seguir su hipótesis; entrar en elucubraciones tácticas basadas en el número de fusiles, pólvora disponible, raciones de tortillas á la mano, bocas dispuestas á comerlas, molinos que volar, millares de peones á la disposición, etc., etc.

Ya dijimos el valor que tiene la estadística mal aplicada. Respecto á las hipótesis que merezcan tomarse en consideración, deben estar basadas en hechos positivos, calculadas en bases posibles y convenientes, aprovechables é indicadas.

Si no fuera así, cabría sobre cualquier asunto una variedad infinita de hipótesis y ninguna sería buena y digna de tomarse á lo serio.

Y aunque parezea raro por la ilustración del Sr. Bulnes, ya hemos visto, vemos y veremos que abunda en fantasmagorías imaginativas que lo conducen á inevitables desaciertos. Así se explica que á pesar de no ser un ignorante en los acontecimientos, del estudio de magníficos libros técnicos alemanes é ingleses, de la meditación y análisis de aquellos problemas de estrategia, resulte con afirmaciones tan fútiles, con consejos tan poco prácticos, con hipótesis tan deleznables.

¿Qué otra cosa hacía Juárez para organizar la defensa nacional?

D. Francisco Bulnes, olvidando toda la historia y dominado por la conclusión que quiere establecer, lo calla todo también, y nos contesta: Juárez dormía, Juárez guardaba una inacción absoluta, parecía un Budha, un ídolo azteca, esperaba en los dioses lares y penates, se sumergía en el nirvana, imploraba á la casualidad

Parece imposible desbarrar á ese grado.

Veamos algo, mucho importante que no quiere mencionar el Sr. Bulnes y que habla más que las exclamaciones, las metáforas y las hipótesis.

Juárez no concretaba sus trabajos de organización á una circular como maliciosamente lo dice Bulnes.

En todos los Estados, por órdenes expresas del Presidente, robustecidas por el patriotismo de los buenos servidores de la Nación, se dedical a la mayor parte de las horas del día y aún de la noche, á las labores consiguientes á una situación semejante. El Sr. Francisco Ibarra, Gobernador del Estado de Puebla, expedía un decreto para el levantamiento de fuerzas, después de la decisión de una junta que declaró quiénes estaban aptos para el servicio de las armas y tenían la extricta obligación de defender á la patria.

El artículo 6º de ese decreto dice á la letra: "Las personas que conforme á esta ley deben alistarse y no lo verifiquen, serán irremisiblemente destinados al servicio de las armas en los cuerpos de ejército."

Podemos citar la multitud de proclamas expedidas y de providencias tomadas con ese objeto, en toda la extensión de la República.

Aquí en Oaxaca, el Gobernador D. Ramón de la Cajiga, espedía un manifiesto viril que enardeció los ánimos, y lo mismo hicieron el Teniente Coronel del Batallón Morelos, D. Rafael Ballesteros y el Teniente Coronel D. Mariano Jiménez.

La actividad desplegada en esta región por el Gobierno de Juárez, y secundada hábilmente por el Sr. Cajiga, por los jefes mencionados y por otros de no menos mérito que, por desgracia y por la índole de mi trabajo, no puedo mencionar, revelan que el gobierno hacía cuanto sacrificio le era dable hacer, apelaba á todas las medidas apelables en un caso semejante, y si no hacía milagros como quisiera el Sr. Bulnes, es porque los milagros no son de estas épocas.

Si en algunos puntos de la Repúbica, á la actividad, energía y patriotismo del gobierno no

correspondieron los resultados, culpa no era esa de Juárez y sus agentes, ni de sus Ministros y Generales, sino de las circustancias precarias que ya hemos analizado en otra parte de esta obra y que eran casi todas enormemente fatales á la causa de la libertad y de la patria.

Ni Santa-Ana (que tanto le simpatiza á Bulnes) ni Miramón ni Vidaurri (véase lo que éste hizo en la frontera con mando casi independiente) ni nadie, hubiera hecho más, ni lo hubiera hecho mejor.

En muchos lugares—y en Oaxaca por fortuna—hasta las señoras tomaban participio y coadyuvaban á la patriótica labor, dentro de las posibilidades de su sexo. Recordaremos de paso que en esta Ciudad muchas damas ofrecieron coser gratuitamente piezas de ropa de munición para el ejército, y que, aceptado el ofrecimiento por el gobierno, cosieron desde luego 191 piezas las señoras de la clase principal y no pocas de la clase humilde. ("El Ejército de Oriente" por el Gral. Santibáñez).

Donde las ideas nobles no encontraban obstáculos insuperables que vencer y se abrían paso á pesar de las ideas retrógadas que aún envolvían á la gran masa del país, allí eran fructíferos los esfuerzos de los buenos y el éxito coronaba la obra salvadora.

Pero donde eso no era posible, donde todo se amontonaba en contra y estrechaba como dentro de un círculo de hierro las conciencias, desviando los sentimientos más caros como son los de la independencia, hácia torcidas inclinaciones, allí, con el dolor mexicano se amasaba la ruina de la patria.

¿Qué iba á hacer el gobierno, ni cien gobiernos, ni Juárez, ni nadie, ante lo fatal, inexorable y atávico; ante lo obscuro aglomerado por generaciones, arraigado en lo más hondo?

* *

Tampoco dice nada el Sr. Bulnes sobre las desgracias que venían á complicar la situación angustiosa del país y que en una obra seria y justa deben de tenerse en cuenta para así medir la verdad de los hechos, aquilatar las resposabilidades y juzgar con tino y acierto lo que sea debido.

Como yo opino que la historia debe narrar todo lo que dé alguna luz sobre un asunto dado, porque de otra manera no se forma el lector juicio completo, recordaré la terrible catástrofe de San Andrés Chalchicomula, que por entonces vino á hacer más precaria la situación.

La primera Brigada de Oaxaca, formada del 1º y 2º Batallón, salió de aquí para unirse con las fuerzas que al mando de los Jefes liberales. iban á defender la Ciudad de Puebla de los Angeles. Esta Brigada estaba compuesta de lo mejor de la clase media y acomodada de la sociedad, los que habían tomado las armas con la decisión y patriotismo que caracterizó á los oaxaqueños en aquella época de terrible prueba para México;

época de la que salieron avantes por su desinterés y sacrificio los buenos hijos de este suelo.

Sin contratiempo llegaron hasta San Andrés Chalchicomula, en donde tuvieron que pernoctar. En el atrio de la Iglesia se depositaron 460 quintales de pólvora que conducía aquella fuerza, tomando el jefe todas las medidas para que la tropa durmiera sin cuidado y no se registrara una catástrofe. Pero los elementos se desataron contra aquellos desgraciados, y un ventarrón muy fuerte arrebató varias chispas de las fogatas que de lejos servían á las mujeres para preparar la cena; esas chispas caveron en un barril. éste y los otros hicieron explosión, y aquellos buenos hijos de México, dignos de mejor suerte, sucumbieron en San Andrés de la manera más triste y más desesperante. De aquella fuerza perecieron 1,042 hombres; además, se tuvo que lamentar la muerte de 475 mujeres ("El Ejércitode Oriente" por el Gral. Santibáñez).

Hay que tener en cuenta todos estos desastres, todas estas desgracias que soportaba la patria, para calcular lo difícil que fué aquella organización, aquella defensa de nuestro suelo, donde todos los males se conjuraban contra nosotros y donde parecía que sonaba la última hora y ya no nos quedaba más remedió que sucumbir.

El historiador imparcial debe pesarlo todo, analizarlo todo, para que el juicio de los pósteros resulte más aproximado á la verdad, si no es que resulta la verdad misma.

El Sr. Bulnes abandona paso á paso este pro-

cedimiento correcto, que por llano y sencillo es el mejor, y en lugar de narraciones que den luz, se introduce en un remolino de sofismas, hipótesis y disquisiciones, que las más veces lo conducen al desacierto.

Nada dice el Sr. Bulnes, también, sobre los refuerzos que por efecto de nuestra debilidad aumentaban el ejército invasor, como lo debía decir y tomar en cuenta para sus conclusiones. No sólo teníamos nosotros dificultades para conseguir soldados, dificultades que no dependían de falta de patriotismo, como quiere el Sr. Bulnes, dicho sea en honor de la justicia, sino de las calamidades porque atravesábamos—sino que también se agregaba á esto el contingente de traidores y los hombres que por la fuerza se unían al enemigo. Así sucedió en no pocas ocasiones, abusando el invasor de sus mayores elementos, de la desorganización que era nuestra acompañante y del derecho de ocupar un territorio.

Los franceses habían engrosado sus filas tomando por leva—entre tropelías sin cuento—á muchos hombres. Solamente entre las poblaciones de Orizaba, Ixtapa, Chalchicomula, el Palmar, Acultzingo y Tehuacán, habían podido obligar á que se les uniesen 15,000 paisanos. (Véase "El Ejército de Oriente" ya citado).

De parte de los buenos hijos de México, y á pesar de la desmoralización que tiene que producir el desaliento y la ayuda al enemigo, se registraban día á día actos meritorios que deben recordarse, bien de algunos que sin recursos se prestaban á sostener por su cuenta uno ó más soldados, bien de otros que como el Gral. Juan N. Méndez, en el lecho del dolor, pedían volver á las filas para combatir á los franceses.

El trabajo de los guerrilleros fué admirable. Unas 300 mulas les fueron quitadas á los franceses sólo entre Quecholac y Acultzingo, por el Comandante Villareal. (*)

^{(*) &}quot;El Ejército de Oriente."-Datos oficiales.